igualmente en la mayor parte de su costa? De manera que ni la Francia ni la Inglaterra han de aceptar el candidato español: sobre esto no caben ilusiones. ¿De dónde, pues, ha de venir el apoyo colectivo, primero para el establecimiento y luego para la conservación del trono mexicano, si no viene de estas dos potencias?

"La oposición que en Madrid se está haciendo á la candidatura del Archiduque Fernando Maximiliano, la comprendería yo si este príncipe fuese personalmente enemigo de España, ó perteneciese á una potencia que pudiera ser émula ó rival de ella en el hemisferio occidental; pero es evidente que el Austria no se encuentra ni pueda encontrarse en este caso; y en cuanto al príncipe mismo, no sólo no tiene contra España prevención ninguna, sino que, al contrario, tiene por ella fuertes simpatías. Entre todos los príncipes europeos, él es quizás quien puede mejor considerarse como la encarnación más perfecta, de los principios á que está indisolublemente ligada la gloria y prosperidad de España en uno como en otro hemisferio. Si se sentara en el trono de México, sostenido eficazmente su imperio por las tres potencias, robustecido en breve tiempo con una abundante colonización alemana y española, hasta donde á España le conviniera, pues siempre sobrará terreno que poblar, bien organizado y activamente impulsado todo, por ese don particular de gobierno y energía de carácter de que el príncipe ha dado tan abundantes pruebas en su gobierno del reino Lombardo-Véneto, sería en breve tiempo el aliado más firme y poderoso con que la España podría contar allende los mares."

"Estas prendas personales del Archiduque, le hacen á los ojos de los conservadores mexicanos tanto más precioso, cuanto que en tan alto grado las necesitan para sacar al país del espantoso caos en que se encuentra. Es preciso para ello un talento claro, conocimientos vastos, un carácter afable y conciliador, una energía y valor á toda prueba, no sólo para el duro y sostenido trabajo de la regeneración y organización pacífica, sino también en los campos de batalla, si necesario fuere, y al mismo tiempo experiencia de gobierno. En una palabra, se necesita un hombre que en todo descuelle, que sea el primero en la paz y el primero en la guerra; y que no sólo sepa gobernar y *haya dado pruebas de ello*, y sepa también combatir, sino que sepa igualmente ganarse los corazones de sus súbditos por su bondad y hasta por su presencia personal. Pues bien, todo esto se reune en el Archiduque, á lo cual se debe agregar un alma profundamente católica, gran exactitud de ideas y rectitud de intención; con la particularidad de que de todo esto existen pruebas seguras en los hechos de su vida pública y privada."

"Y aquí viene al caso corregir un error en que se ha caído en España. Creese ahí que la candidatura del Archiduque es una combinación profunda, concebida por Napoleón para ganar al Austria y allanar el camino para la cesión de Venecia á la Italia. Permítame Vd. le diga solemnemente, que no hay nada de esto. La candidatura del Archiduque es puramente mexicana; fué concebida por mexicanos, si la Francia la acepta y la apoya, y la Inglaterra igualmente, es sólo en vista de su evidente acierto y porque en ella se resuelve una cuestión difícil, á saber:

la de encontrar un candidato que, á lo ilustre de su estirpe y grandes prendas personales, reuniese las preciosas circunstancias de ser del gusto y aun de la elección de los mexicanos, sin que pueda ponérsele ninguna tacha por parte de alguna de las tres potencias signatarias de la Convención de Londres. Y por lo que hace al Austria, es claro que, al aceptar la propuesta y dar su Archiduque, presta un gran servicio en lugar de recibirlo, como que sin ser una nación marítima, ni tener en América intereses que proteger y fomentar, facilita el único medio posible de zanjar perfectamente la mayor de las dificultades que podía tal vez surgir, cual era la de encontrar un candidato que fuera aceptable para todas aquellas potencias, y que les permitiese concluir la obra que han emprendido, de la que no pueden con honor retirarse dejándola incompleta."

"Convencidos como están de todo esto los conservadores mexicanos, así como de que esta es la *última* oportunidad que les queda para salvar á su patria; comprenderá Vd. con cuánto sentimiento verán, que la consecución para ellos de un soberano semejante y con circunstancias tales, se pone en gravísimo riesgo por la oposición que se manifiesta en España."

"Si el antagonismo entre los deseos de España y las exigencias de la situación se prolonga mucho, es claro que en la misma proporción se demorará también la solución del asunto. Y mientras este permanezca en *statu quo*, los sucesos de los Estados-Unidos siguen precipitadamente su marcha y se acercan á su desenlace. Una vez que lo hayan alcanzado, habrá terminado para siempre la oportunidad favorable que la Providencia nos había deparado para la redención de la desventurada México. No hay que alucinarse: México se encuentra en la alternativa de ser—y esto muy pronto—ó monarquía protegida por la Europa, ó parte integrante de los Estados-Unidos. Si no sucede lo primero, lo segundo es inevitable."

"Cuando el pabellón de las estrellas venga á fijarse y tremole permanentemente en Cabo Catoche; cuando la isla de Cuba se halle entre las Peninsulas de la Florida y Yucatán como aprisionada con una inmensa tenaza; cuando el poder de los Estados-Unidos haya adquirido tan asombroso desarrollo, no sólo en su extensión territorial y en su elemento militar, sino también y muy especialmente en su marina, y se haya consolidado aun más con la disminución que actualmente se está verificando del elemento partidario de la esclavitud ¿no se encontrará España, relativamente á ellos en la posición desventajosa ya señalada?"

.....

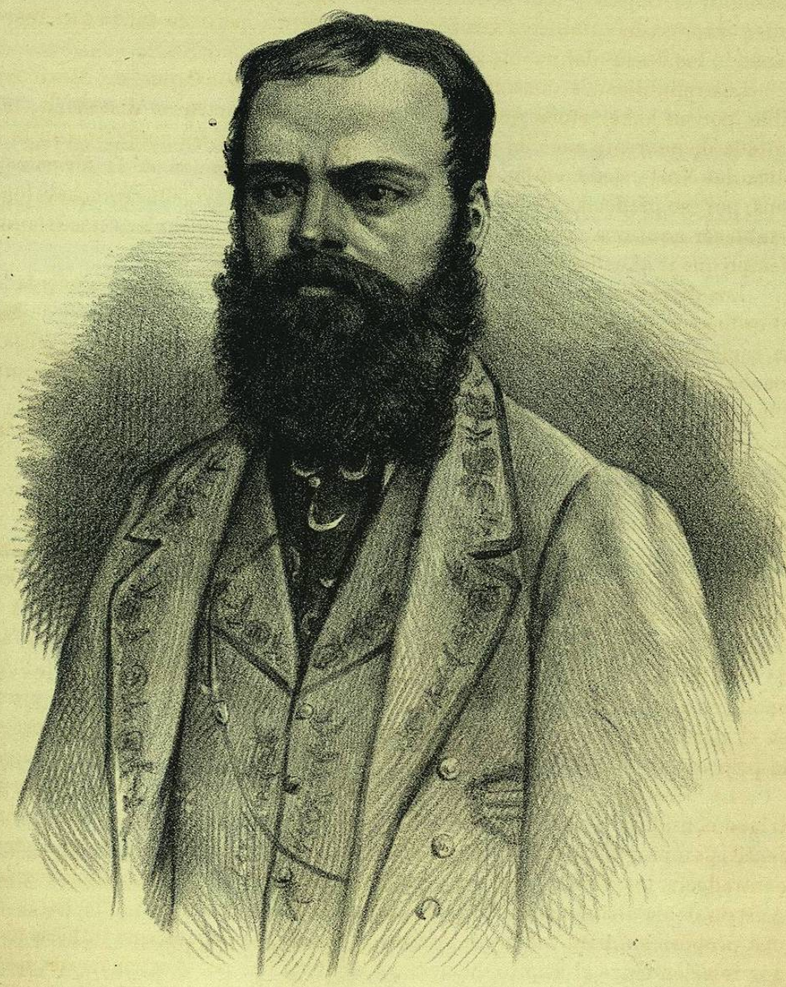
Al lado de estas conclusiones del Sr. Gutiérrez de Estrada y sosteniéndolas aparecía también Mr. Wagner, ministro de Prusia en México, quien dijo en un despacho dirigido á Mr. de Saligny: que la idea del establecimiento de un príncipe extranjero, ganaba rápidamente terreno aquí; parecer que fué comunicado á las cortes europeas. El gobierno francés creyó ó aparentó creer estas y otras declaraciones semejantes de los emigrados mexicanos residentes en París, respecto á la ansiedad que sentía aquí el pueblo por tener un rey; pero sí estaba convencido de que bastaba la presencia de las fuerzas aliadas en el territorio mexicano, para

conseguir el objeto y dió instrucciones de tal naturaleza, que equivalían á la orden expresa de establecer esa forma de gobierno, pero de modo que apareciese llenando los deseos del pueblo mexicano.

Los republicanos consideraban en cambio, la monarquía en México imposible, por no haber monarquistas; la topografía, las inmensas distancias, la vida agitada de cuarenta años, la educación, las costumbres, el contacto con la República del Norte, todo, en fin, hacía necesaria la conservación de la forma republicana; por eso predecían desde 1862, que aun cuando las bayonetas francesas lograran establecer aquí una monarquía, el monarca, nacional ó extranjero, tendría al poco tiempo que ir al cadalso ó emprender el camino del destierro.

Los diarios franceses discutían tranquilamente, cual si fuese un acontecimiento ordinario, la elevación del príncipe Maximiliano de Austria al trono de México, en cambio del Véneto. Maximiliano era el único que se encontraba en aptitud para los designios de Napoleón; en la familia reinante en España no había un príncipe que pudiera ser escogido; la casa de Orleans era odiosa para un Bonaparte; el rey de Nápoles que acababa de ser destronado, tenía por enemigo á la Inglaterra que se opondría á que fuera elevado á un trono de América: era Fernando Maximiliano, el único que en la casa de Austria se había distinguido por sus opiniones liberales que lo hacían aceptable á Inglaterra, y reunía la recomendación de ser ortodoxo y del linaje español como descendiente de Carlos V; Francia veía en él un avenimiento en sus dificultades con Austria, un arreglo con Italia y un porvenir para su política en América. Las naciones europeas habían deducido del precedente de Grecia consecuencias erróneas, pues allá la independencia griega fué obra de los aliados, quienes le dieron un soberano. Cuando el Archiduque Maximiliano vaciló en admitir el trono, se hablaba del príncipe Luis de Baden, sargento mayor en el ejército prusiano, y aliado á la familia Bonaparte á causa de haberse casado la princesa Estefanía con un margrave de Baden.

La "Gazette" de Viena hizo la importante declaración, de que el gobierno austriaco consideraba ignominiosa la idea de la cesión del Véneto y que jamás consentiría en ninguna proposición en este sentido, declaración que llevaba por objeto contradecir los rumores que corrían, con referencia á las condiciones con que Austria debía abandonar el Véneto; desde luego se reconocía que había habido una proposición para ceder ese territorio, aunque se negaba que hubiese ni la menor relación entre el asunto mexicano y el abandono por Austria de sus posesiones territoriales en Italia. La preferencia dada á la candidatura del príncipe Maximiliano, tenía sin duda, entre otros objetos, las ventajas que de ella pudieran resultar para el arreglo de los negocios italianos. Esa candidatura no era tan reciente como parecía, pues según "Le Courrier du Dimanche" antes de que se formalizaran los preparativos de la expedición á México, ya el gabinete de las Tullerías había sondeado las intenciones de la corte de Viena, que se mostró fría aunque no se le habló de compensaciones.



Guerrillero Jerónimo Fragoso

Durante la época en que parecían dominar en México la Intervención y el Imperio, lograron sostenerse los guerrilleros, valiéndose á veces de ardides; ya aparentaban manejar el arado, ya entregarse á alguna ocupación industrial, ó simulaban recoger la cosecha; dejaban los rifles entre las yerbas para usarlos en momentos oportunos, y llevar la muerte segura á la retaguardia de las columnas expedicionarias. En ocasiones, según lo hizo el guerrillero J. Fragoso, aun se pasaban á las filas de los imperialistas, para voltearse contra ellos en propicia oportunidad, y continuar combatiendo por la República. Fragoso volvió á pronunciarse contra el Imperio á mediados del año de 1865, en Mixquiahuala, recorrió las haciendas de la Goleta, San Antonio Tula y otras, sacando recursos de esas y otras poblaciones pequeñas.

IV.

Almonte en Veracruz.—Anuncia el arribo de nuevas fuerzas francesas.—Descubre á Prim los proyectos de Napoleón con respecto á Juárez y á Maximiliano.—Prim se disgusta.—Los ingleses se reembarcan.—Marcha Prim para Orizaba.—Él y Mr. Wyke llaman á sus colegas.—Arriban á Veracruz las tropas con Laurencez.—Les faltan medios de trasporte.—La Gravière le envía informes sobre la situación.—Saligny quiere atraerlo.—Prim recibe una carta de Napoleón.—El gobierno mexicano pide que le sea entregado Almonte.—Llega éste á Córdoba.—Desunión entre los comisarios.—El gobierno mexicano resuelve aprehender á Almonte.—Se oponen los comisarios franceses.—Graves divergencias entre los plenipotenciarios.—Cambia la petición del gobierno mexicano.—Los comisionados González Echeverría y Terán llegan á Orizaba.—Plan proclamando á Almonte jefe supremo.—Dificultades que ocasiona la contribución del dos por ciento.—Inesperada actitud de Prim.—Sus relaciones con La Gravière.—Fusilamiento de Robles Pezuela.—Inútiles esfuerzos para salvarlo.—Su correspondencia con Saligny.—Declaraciones del periódico del general Prim contra la monarquía.—Maximiliano insiste en su resolución de venir.—Su candidatura se hace pública.—Vuelve á tocarse la cuestión veneciana.—Carta del general Prim á Napoleón.—Thouvenel hace observaciones á Saligny.—Quiere que se reserven los créditos de Jecker.—Opinión del gobierno español acerca de la candidatura de Maximiliano.—Sigue la rivalidad con la Francia.—La aduana de Veracruz.—Nada producía á los aliados.—Condiciones para que fuera devuelta.—Al fin rehusan entregarla.—El gobierno mexicano queda engañado.—Wyke y Prim proponen una definitiva conferencia en Orizaba.—Jurién quiere retirar su firma del convenio de la Soledad.—Rehusa asistir á la conferencia del 15 de Abril.—Comunica su resolución de retroceder á Paso-Ancho.—Prim va á Tehuacán.—Procura impedir el retroceso de los franceses.—No hay avenimiento.—Considera inevitable la ruptura entre los aliados.—Piensa reembarcar sus tropas.—Instrucciones que recibió de su gobierno.—Los franceses abandonan á Tehuacán.—Siguen llegando á la ciudad de México los contingentes de los Estados.—Disposiciones dictadas en los Estados.—La reacción continúa en pie.—La Europa cree impopular la guerra contra México.

A fines de Febrero, cuando ya iban en marcha las fuerzas aliadas, llegaba á Veracruz el general Almonte acompañado de varios mexicanos emigrados; Almonte había hecho conocimiento con el general Prim en París, y por tal motivo se le facilitó la primera entrevista con el comisario español; en ella lo primero que hizo Almonte fué anunciarle la llegada del conde de Laurencez con cuatro mil soldados.

—Bien venidos sean los franceses, le contestó Prim, no me pesa que vengan.

En seguida le anunció Almonte que Laurencez era portador de una carta autógrafa del Emperador para el general Prim, y entró en materia, sin rodeos. Le contó que estaba de acuerdo con el gobierno de Napoleón para derribar á Juárez, acabar con la República y crear una monarquía, cuyo jefe sería Maximiliano de Austria, á quien el mismo Almonte había ido á ofrecerle la corona en Viena, aceptada por S. A. que estaba dispuesto á embarcarse cuando se le avisara.

—Esto será un negocio de un par de meses, añadió Almonte, pues todos los mexicanos se levantarán como un solo hombre, cuando vean la bandera de la monarquía, "el país está fatigado de la tiranía de los rojos y no se necesitará más tiempo."

Antes de emitir Prim su opinión, le preguntó si los gobiernos aliados estaban de acuerdo en tan grave materia, y en respuesta le dijo Almonte:

—A mi vuelta de Viena estuve en Madrid y tuve el honor de hablar con los